

CAPITULO II.

Destruccion de la Provincia de Portugal en 1759.

La conspiracion contra la Compañía de Jesus que acaba de referirse, era un hecho casi nada conocido en nuestro país, por la interdiccion en que se hallaban en esa época nuestras comunicaciones con las naciones extranjeras, poco sabida en Portugal y España, y aún en Francia apenas se sospechaba entre las personas sensatas y pensadoras. Tan solamente estaba reservado ese plan de destruir á la Compañía, á los principales corifeos del jansenismo y enciclopedistas, que con la astucia ya mencionada y descubierta al fin por Condorcet, insensiblemente hacian entrar en sus miras á los innumerables adeptos que diariamente abrazaban sus doctrinas. Sin embargo, la conspiracion crecía cada día más, extendiéndose por toda la Europa. Al subir al sòlio pontificio el Sr. Clemente XIII en Julio de 1753, con motivo de las fiestas que en el Colegio Romano se hacian con mucha solemnidad en semejantes casos, se fijó un pasquin en la puerta de aquel establecimiento anunciando la persecucion que se preparaba á los Jesuitas en los tres grandes reinos Borbónicos, sin otra diferencia sino que en esa pieza falló el órden cronológico de los sucesos que estaban próximos á verificarse. La intriga estaba bien preparada, y como vá á verse habia ya tenido su principio.

El reino de Portugal fué el que tomó la iniciativa en aquel tenebroso negocio. No es de nuestro objeto entrar en pormenores acerca de la expulsion de los Jesuitas del dicho reino, sobre lo que se ha escrito demasiado. Nos limitaremos únicamente al juicio que de esa destruccion han formado, por los documentos de la época, los mismos filósofos franceses y los historiadores todos protestantes de los últimos tiempos.

A tres puntos debe reducirse esta persecucion. Los sucesos ocurridos en el Paraguay con motivo del cambio de las Reducciones ó Misiones de los Jesuitas pertenecientes al rey de España, por la colonia del Sacramento sujeto á Portugal; cambio que resistieron los indígenas hasta con las armas y que dió origen á muchas calumnias contra los Jesuitas. La visita hecha en Portugal solicitada de la corte de Roma para la reforma de la Provincia Portuguesa. Las ocurrencias del supuesto asesinato del rey en que se quiso innodar á los Jesuitas, y sirvió de pretexto para desterrarlos de todo el reino.

Era ministro entonces del rey José I, Carvalho, conde de Oyeras y marqués de Pombal, tan famoso por su ambicion, tiranía, crueldad y delitos, reconocidos desde el principio por los contemporáneos, confirmados posteriormente por todos los historiadores notables por su gravedad y moderacion, confesados, por último, hasta por los mismos enemigos de los Jesuitas, como en este siglo puede servir de ejemplo, uno de los más exajerados, el conde de Saint-Priest. Nos seria fácil acumular cuanto de odioso se ha escrito contra ese ministro, reuniendo tanto número de documentos y autoridades que asombrarian al lector; pero bastando para nuestro objeto dar una simple idea de su carácter, á ello nos limitaremos. Apoderado Pombal de la confianza de su soberano, resolvió hacerse su señor, dominándolo completamente. Este príncipe era fácil de conducir por el terror; y de este medio se sirvió con habilidad su valido para doblegarlo á ser instrumento de todas sus maniobras, alarmándolo siempre con revelaciones de intrigas, conspiraciones y asechanzas contra su vida. Dado este paso, que le ganó completamente el corazón del Monarca, desplegó el infiel ministro una energía que ocultaba su crueldad, envidia, avaricia é hipocresía, cubriendo todos estos vicios con el velo del amor y adhesion á su rey, á quien continuamente protestaba los grandes sacrificios á que se sujetaba por la felicidad del reino y la seguridad de su persona: medios con que afirmaba cada día su valimiento y predominio, precipitándolo su ambicion de mando hasta el último grado de la arbitrariedad y tiranía. Llegó hasta arrancarle un decreto, por el que fuera tan inviolable la persona de su ministro como la del monarca.

A esta desenfadada ambicion se agregó una insaciable codicia, que no le hacia reparar en medios para enriquecerse. Era un pobrísimo hidalgo de Coimbra, y llegó á tal estado de opulencia, que por su propia confesion, solo en la destruccion de los Jesuitas gastó cerca de un millon de zequines. Tan inmensa fortuna la formó de mil rapiñas y muy especialmente de sus empresas mercantiles, con que arruinó su país, formando entre otras compañías la del Marañon en el exterior, y la interior con los ingleses, como se le probó á pesar de sus baladronadas cuando la sublevacion de Oporto con motivo del monopolio de los vinos. Se puso al frente, además, de otros negocios del mismo género contra los que representaron al rey, aunque sin fruto, no solamente los comerciantes, sino individuos de las otras clases de la sociedad.

A esta desmesurada avaricia juntó Carvalho un profundo ódio á la nobleza portuguesa, de la que habia sufrido no pocos desaires, particularmente á las dos poderosas familias, los Mascareñas y Taboira que se hallaban al frente de esa aristocracia. El mismo Saint-Priest, nos ha descubierto, que profesaba tal aborrecimiento á esa

distinguida clase, que resuelto á ser el opresor de los grandes que lo habian rehusado por igual, los destinaba al cadalso con mucha anticipacion en su mente; y de esa aversion y de lo que dirémos en seguida, hacia participar á los Jesuitas por el influjo que ejercian en la corte y las consideraciones respetuosas que la nobleza se complacía en prodigarles.

Pombal se habia erigido en reformador; ya porque profesara las teorías en la apariencia liberales y humanitarias de los enciclopedistas, como algunos han creído, entre ellos César Cantú, ya como opinan otros, deseando formar una iglesia nacional como la inglesa, pues como escribe Saint-Priest, “ni aún ensayó á tartarmudear la palabra *libertad*. . . Su talento limitado, pero caprichudo, no queria admitir ninguna *precaucion oratoria*,” ó ya tambien en juicio de Schlosser conciliándole el ódio que profesaba á los Jesuitas, el afecto de los jansenistas y filósofos franceses tan poderosos en Europa. [1] Protestante de corazon, guardaba sin embargo ciertas contemplaciones á la robusta fé del pueblo portugués en esa época: deseaba arrastrarlo al cisma; pero de tal manera, que para dar lleno á sus planes se valiese de ciertos medios hipócritas que los desfigurasen. De aquí es que en sus proyectos hizo jugar un papel no muy secundario á la Inquisicion, y aún á la misma corte Pontificia.

“En Portugal, escribe un antiguo profesor de historia en la Facultad de Letras de Paris, el soberano Pontífice habia encontrado un enemigo declarado en el marqués de Pombal, este fogoso adversario de las órdenes monásticas y de las prerogativas de la Iglesia. No contentándose con haber dado á la Europa la señal de la persecucion á los Jesuitas, esta milicia avanzada del cristianismo, quiso arrancar á la corte de Roma sus derechos espirituales sobre los Estados del Rey fidelísimo.” [2]

“Pombal, dice el Cardenal Pacca, antiguo Nuncio en Lisboa, en sus *Memorias*, comenzó su carrera diplomática en Alemania, y en ese foco del protestantismo aprendió á odiar á la Iglesia y á las órdenes religiosas. . . Despues de haber dado la primera señal de la persecucion á una Orden, célebre por los servicios prestados á la religion y á las ciencias, corrompió la enseñanza pública en las escuelas y universidades, sobre todo en la de Coimbra.”

La misma revelacion ha hecho Schoell, diciendo: que Pombal introdujo en las universidades de Portugal profesores protestantes, lo que á pesar de serlo él mismo, lo condena; y bien pudo añadir, que entre ellos se contaban tambien un gran número de jansenistas.

[1] Historia de las revoluciones políticas y literarias de Europa en el Siglo XVIII, tom. I, pág. 78 y sig.

[2] Elogio de Pio VII. Historia religiosa de la Europa bajo su pontificado, por Carlos de Bozoir. Paris 1825.

“Se vé tambien, añade el mismo escritor, en toda la conducta de ese gobierno [el de Portugal], la intencion manifiesta de ofender á la Santa Sede y precipitarla con muestras de respeto, á fin de chocar con ella. ¿Y por qué Pombal queria que el Rey fidelísimo, príncipe muy adherido como toda nacion á la religion católica, y como ella muy adicto al Jefe de la Iglesia, ofendiese á la corte de Roma que le guardaba tantas consideraciones? A la verdad no se puede descubrir otra razon, sino la vanidad del ministro, que queria poner su nombre al lado de los hombres caracterizados que han resistido al poder Pontificio. Pero si es honroso oponerse á la usurpacion, es poco decente descender á bastardías.” (1)

Fácil es á vista de lo que se ha dicho acerca del carácter de Pombal, lo que segun escribe el filósofo Linguet “debe pensarse de las proscripciones, ó digamos mejor, de las horribles injusticias de ese ministro. El tiempo futuro, añadió, acabará de quitar ese velo que aun cubre tantas escenas de luto, de despotismo ó de rigor. . . Pregúntese á los soberanos si querrian servidores semejantes á Pombal y á los pueblos si tendrian gusto en fiar sus destinos á hombres de esta raza. Su respuesta decidirá la opinion que debe tenerse de este ministro.” (2) Y si á esto agregamos la opinion de Ranke sobre el espíritu dominante en ese siglo de que ya se ha hecho mérito, acabaremos de comprender la causa de haber sido la Compañía de Jesus el blanco de las tramas urdidas en esa época: avaricia, despotismo, prostitucion é impiedad, ¿qué debian producir en su reunion sino los amargos frutos que vamos á mencionar?

El primer golpe dirigido á los Jesuitas por el gobierno de Portugal fué la destruccion de sus famosas Misiones del Paraguay. De tiempo muy anterior habia corrido por Europa la voz de que existían en esas reducciones abundantes minas de oro que ocultaban cuidadosamente los Jesuitas, y de las que sacaban inmensos tesoros. Bien se sabia en España la falsedad de esos rumores, y por dos diversas ocasiones, en 1647 y 1651, se hizo una informacion y vista de ojos, primero por el gobernador de Buenos Aires D. Jacinto Lariz y despues por el oidor D. Juan Blazquez y Valverde, resultando de dichas informaciones que no habia ni aun podido haber tales minas, porque [exponian los peritos] el clima y disposicion de los terrenos lo repugnaban; y lo que es más, en 1743 acababa de expedirse una real cédula por el Rey Felipe V, en que se declaraban calumnias é imposturas cuanto en el particular habia vuelto á vociferarse. Sin embargo, en 1750 la corte de Portugal engañada por Gomez de Andrade, gobernador de Rio Janeiro, que habia reproducido aquella

(1) Obra citada, tomo XXXIX, pág. 66.

(2) Anales políticos, civiles y literarios del siglo XVIII, tom. XII, pág. 261.

fábula, celebró un convenio con la de España cediéndole la hermosa colonia del Sacramento por siete reducciones del Uruguay donde se suponían las minas; cambio ventajoso que admitió Fernando VI, casado con una infanta portuguesa y cuya ejecución se encargó á los Jesuitas.

Lo que eran esas Misiones, los grandes trabajos apostólicos con que habían sido fundadas y la prosperidad de que gozaban en esa época por la acertada dirección de los Jesuitas, ha sido objeto de las alabanzas de escritores nada preocupados, como Montesquieu, Buffon, Robertson, Leibnitz, Muratori, Argens, Mirabeau, Ferrand y otros muchos, entre ellos, Voltaire y d'Alembert, conviniendo todos con este último, en que "la autoridad que se habían adquirido sus misioneros estaba fundada sobre la sola persuasión y la dulzura de su gobierno: gobernando este vasto país, añadía el enciclopedista, hacían venturosos á los pueblos que los obedecían y que llegaron á someter sin emplear la violencia. Lo poco que se ha descubierto forma su elogio, y haría también desear que tantas otras costas bárbaras en que los pueblos son oprimidos y desgraciados, hubiesen tenido como el Paraguay á los Jesuitas por apóstoles y maestros." [1] Y esta opinión tan favorable á los Jesuitas ha sido tan duradera, que como hace poco tiempo acaba de escribir el famoso naturalista Alcides d'Orbigny, que ha residido más de ocho años entre estas tribus, después de formar un cumplido elogio de los misioneros y refutado las muchas calumnias que se les han dirigido, se expresa así: "Se ha hablado mucho de la excesiva severidad de esos religiosos hacia los indígenas. Si fuera cierto, los indios no se acordarían de ellos hasta el día con tanto amor. No hay un solo anciano que no se incline á su solo nombre, ni recuerde con una viva emoción aquellos felices tiempos, presentes siempre en su pensamiento, cuya memoria se ha reproducido de padres á hijos en las familias." [2]

Como va dicho, á los misioneros Jesuitas se encomendó el inclinar á los indios á dejar sus pueblos á los portugueses, retirándose ellos á las otras veinticuatro reducciones del Uruguay con todos sus ganados y propiedades semovientes. Pero á pesar del sumo respeto y amor que profesaban á sus misioneros, los indios, como era muy natural, se resistieron obstinadamente á abandonar su país natal y entregarlo á los que por muchos años habían tenido por enemigos y atacados en las correrías que para robarlos y hacerlos cautivos hacían á sus tierras. Esos pueblos inocentes no podían comprender las maniobras de la diplomacia europea; no miraban otra cosa sino al cúmulo de males que se les seguían de aquel abandono de un país que habían

[1] Sobre la destrucción de los Jesuitas en Francia.
[2] Viaje á la América Meridional, tom. I, pág. 273.

hecho fértil con sus trabajos y que amaban como á su patria. Llegaron á sospechar de los Jesuitas, los desobedecieron, atropellaron sus personas, por la primera vez cerraron los oídos á sus consejos, exhortaciones, lágrimas y aun humillaciones; corrieron á las armas é hicieron fuerte resistencia á las tropas portuguesas. Tratábase en su mente, como era verdad, de la suerte temporal y futura nada menos que de treinta mil personas. ¿Y qué pueblo, aun en el estado actual del mundo, no hubiera tomado una resolución análoga á la de éstos países y habría sufrido un solo instante ser vendido como rebaño de ovejas? ¿Y á quiénes otros, excepto á estos religiosos á quienes todo se convierte en su daño, no se hubiera aplaudido por haber influido en aquella resistencia? Es tan cierto esto, que el mismo libelista Saint-Priest, en medio de la tenacidad de sus acusaciones, ha juzgado una grande franqueza y elevación de alma la oposición que se atribuyó á los misioneros á una medida tan opresiva. Los Jesuitas rechazan ese aplauso: sea cual fuere su modo de pensar en este negocio, niegan haber tenido ese honor de resistir á los reyes de España y Portugal, soberanos de esas Misiones, y ninguna probanza se dará de lo contrario. El historiador Schoell así lo ha confesado: "Cuando los indios de la colonia del Santo Sacramento, reunidos en número de doce ó catorce mil, ejercitados en el manejo de las armas y provistos de cañones rehusaron someterse á la orden de expatriación, costó mucho dar crédito á los asertos de los Padres de que habían empleado todo su poder para inducirlos á la obediencia. Queda probado, sin embargo, que los Padres, á lo menos exteriormente, hicieron todas las gestiones necesarias al objeto; pero es fácil suponer que sus exhortaciones, si bien dictadas por el deber, como contrarias á sus sentimientos no tuvieron todo el calor que habrían tenido en otra ocasión. Semejante supuesto no es bastante para apoyar una acusación de revuelta. ¿Dónde irían á parar la historia y la justicia si la convicción de un ministro, destituida de pruebas, fuese suficiente mérito para infamar la reputación de un hombre ó de una corporación?" [1]

Esta última reflexión del historiador protestante adquiere más fuerza, al saber que la parte que tomaron los Jesuitas en que se realizara el cambio, ni fué tan débil como la supone, ni tampoco la resistencia, á lo menos de cinco de esos pueblos, tan obstinada como se hizo creer. No era tan fácil, por una parte, encontrar terrenos para la fundación de las nuevas poblaciones, que, según se ha dicho, ascendían á treinta mil almas, ni para colocar como un mi-

[1] Obra y tomo citados, pág. 51.

Hon de cabezas de ganado que llevaban consigo: había también mucha distancia, alguna aún de doscientas sesenta leguas á los lugares á que se les mandaba ir, y en varios de esos lugares se encontraban todavía tribus bárbaras no sometidas aún al Evangelio y enemigas de las que se habían sujetado á su yugo; á lo que debe añadirse la carencia de alimentos y demás recursos, tanto en la marcha, cuanto á la llegada y establecimiento de aquella grande población, que se componía de personas de todo sexo y edad. A pesar de todo, del dolor que causaba á los indígenas el abandono de sus casas, templos y siembras, y de aquellos lugares que habían habitado por ciento setenta años, y que era en consecuencia el suelo natal de todos ellos, consiguieron los Jesuitas vencer su resistencia; y salvo dos de esas reducciones, las restantes emprendieron el camino para los pueblos en que se les facilitaba la hospitalidad. Pero, naturalmente oprimidos de las fatigas de tan largas caminatas, aumentadas estas con los pasos de ríos crecidos, de montañas inaccesibles y espesos bosques junto con la oposición de los gentiles que les disputaban el paso, los obligó á volverse á su país, aún abandonando á sus Padres misioneros. Todo esto se hizo ver á los comisionados de ambas coronas: pidiéronse un plazo suficiente para aquella trasmigración. Mas á todo se negaron, y á cuantas representaciones les dirigía el Superior de los Jesuitas, mandado de España para facilitar aquel negocio, solo se contestaba que se llevara adelante y se obedeciese al Rey. Día con día se rogaba á los indios que emprendiesen de nuevo su marcha, amenazándoles con valerse de la fuerza, si no cumplían las órdenes que se les intimaban, y se les había notificado, traduciéndoles á su lengua el tratado impreso en Lisboa, cuyo artículo 25 prevenía expresamente valerse de la fuerza y arrojarlos de allí con las armas. Los indios volvieron á reclamar de nuevo; y de nuevo se les intimó la despótica orden de la evacuación de sus pueblos.

En fin, hostigados ya de tantas negativas, sin dar más oído á los misioneros, ocurrieron á las armas y después de varios sucesos, fueron destrozados en gran número por la artillería de los dos ejércitos, no sin alguna sospecha de perfidia de parte de los gefes; y abandonando los pueblos se refugiaron á los montes. Esta catástrofe ocurrió en 1755: los pueblos fueron subyugados sucesivamente: hiciéronse pasar á la banda Oriental los que pudieron haberse á las manos, que únicamente fueron catorce mil almas y las restantes hasta diez y seis mil, permanecieron dispersas en aquellos lugares: quemáronse varios pueblos, quedando consumada así la destrucción en 1756.

Entonces llegó el desengaño de los ambiciosos proyectos de Pombal: la pretendida riqueza de esos misioneros quedó desvanecida co-

mo el humo, con un doloroso sentimiento de los autores de tantas maldades cometidas contra los indios. Oigamos entre lo mucho que podíamos citar lo que refiere el erudito San Víctor, autor del Cuadro histórico de París, en sus documentos históricos, críticos y apologéticos sobre la Compañía de Jesús: “Luego que Gomez Freire (general portugués), se vió dueño del país, su primer cuidado fué registrar por todas partes, para descubrir las minas de oro y plata, que eran la ocasión de tantas vejaciones contra los Jesuitas, y de tantas desgracias para las colonias. Creía realizar las lisonjeras esperanzas con que había halagado á la corte de Portugal; pero en vano rastreó todos los llanos, registró todos los bosques, subió á todas las montañas, sondeó todos los lagos y todos los ríos; fueron inútiles tantas pesquisas, y no se encontró la menor apariencia de minas. Reconociendo, en fin, que había sido víctima de una pueril credulidad, hubiera querido de buena gana, para ocultar su vergüenza y prevenir una desgracia, que el tratado de cambio se hubiese roto. Se abatió hasta conjurar á los Jesuitas que trabajasen en desbaratarlo. Estos no juzgaron á propósito secundar las miras interesadas de un hombre, cuya insaciable codicia y loca ambición habían causado la desgracia de todo un pueblo.”

El odio que profesaba Pombal á la Compañía de Jesús y su deseo de destruir sus establecimientos, pues como dice el moderno historiador César Cantú, en su Historia Universal tomo XXX, desde mucho tiempo antes, “mandó expresamente á su hermano de Gobernador de Marañón y de Paraná con tropas y plenos poderes, encargándole secretamente buscarse un pretexto para arrojar á los Jesuitas de las Misiones,” le hizo aprovechar la ocasión para destruir las del Paraguay. Burlada quedaba su codicia por ese descubrimiento de la carencia de minas, sobre cuya posesión se había formado las más gratas ilusiones; pero los sucesos que se acaban de contar le dieron todos los medios de desacreditar y oprimir á los Jesuitas. Hizo escribir al capuchino apóstata Norberto, conocido con el nombre de Abate Platel, su folletista y protegido, un libelo con el título de “Relación compendiosa de la República, que los Jesuitas de la Provincia de Portugal han establecido en las posiciones de ultramar, y de la guerra que han excitado y sostenido contra las dos coronas,” tan lleno de calumnias, mentiras y absurdos, que desde luego fué visto con desprecio, y nadie quiso ocuparse de su refutación, esperando, y fundadamente, que bastaría para confundir á su autor, exponer al público el sencillo resultado de las informaciones que iban á tomarse sobre aquellas ocurrencias que tanto se desfiguraban en el mismo teatro de los sucesos.

Y así fué, en efecto. El general Zevallos mandado por la corte de Madrid con una expedición á destruir ese soñado trono y debelar

sus ejércitos, haciendo citar ante un tribunal formado por él, Valdelirios y otros cuatro oficiales españoles, examinó á los indios sobre aquellos sucesos, y éstos justificaron completamente á los Jesuitas, se echaron á sí toda la culpa de la guerra, alegando los motivos naturales que habian tenido para aquella resistencia, declaracion que confirmó todo el pueblo que habia asistido á la deposicion de los caciques, lanzando gritos lamentables. ¿Y qué fué lo que halló en esos pueblos inocentes sobre aquel cúmulo de calumnias inventadas por Carvallo? Ya lo dice el fiscal del Consejo de Castilla en su Dictámen oficial en 1815: “Véanse sus relaciones y ellas contestarán á esta pregunta diciendo, que lo que halló fué el desengaño, y la evidencia de las falsedades inventadas en Europa: pueblos sumisos en vez de alborotados; vasallos pacíficos en vez de rebeldes; religiosos ejemplares en lugar de seductores; misioneros celosos en vez de capitanes de bandidos; y, en una palabra, conquistas hechas á la Religión y al Estado por las solas armas de la mansedumbre, del buen ejemplo y de la caridad, y un imperio compuesto de salvajes civilizados, venidos ellos mismos á pedir el conocimiento de la ley, sujetos á los misioneros voluntariamente y unidos en sociedad por los vínculos del Evangelio, la práctica de la virtud y las costumbres sencillas de los primeros siglos del Cristianismo.”

Este infame tratado, contra el que ya habia hecho reclamacion Cárlos III, siendo rey de Nápoles y que jamás fué de su aprobacion, lo anuló en 1759 cuando su advenimiento al trono de España. “Pero el mal estaba hecho continúa San Victor, y sin remedio. Los habitantes de las infelices reducciones [las Misiones de que hemos hablado], habian perdido en estas revueltas, no solamente sus bienes, sino la inocencia de costumbres, el gusto á la piedad, la dulzura, la docilidad, la simplicidad. En vez de estas preciosas cualidades que despues de casi dos siglos los distinguían, trajeron á sus casas la mala fé, la perfidia, la corrupcion de los europeos; estos vicios y muchos otros formaron desde entonces un obstáculo casi insuperable para los progresos de la fé en esas vastas comarcas donde habia florecido tanto y por tantos años.” Los Jesuitas estaban plenamente justificados en América de las calumnias de Carvallo, por las deposiciones que hemos referido, y lo estaban tambien en España por el juicio que condenó el libelo de éste á ser quemado por mano de verdugo, y por otros tres decretos que se publicaron en 1755, 1759 y 1760. Igual suerte corrió en Viena, Nápoles y Roma, donde fué anatematizado. La reina madre gobernadora, madre de Cárlos III, en una cédula dirigida al Provincial de esa Provincia en 1759, le decia al concluir: “Todo esto hemos creído conveniente participaros, como tambien que quedamos con la más completa satisfaccion de la conducta y celo con que vuestros operarios evangélicos se de-

dican al bien espiritual de las almas encomendadas á ellos.” Ultimamente por una real órden de 4 de Diciembre de 1760, se amplió el número de misioneros, de treinta que antes solo iban al Paraguay hasta sesenta y aún más, si se tuviera por conveniente. La justificacion de los Jesuitas por el Gobierno Español y otros, no pudo ser más satisfactoria.

Pero aun hay otro punto de hecho más comprobante de la inocencia y santidad de estos misioneros. Poco tiempo despues, cuando la abolicion de la Compañía, la confiscacion de sus bienes fué decretada por los gobiernos Español y Portugués y entonces habia llegado el caso, ó nunca tal vez, para los Jesuitas de las misiones Americanas, de obedecer á los instintos de revolucion. Tenían que vengar sus propios agravios, los de sus hermanos y los de los indios. Pueblos numerosos, valientes, decididos, solo aguardaban una señal para hacer resaltar de nuevo los sentimientos de independencia comprimidos con tanto trabajo. ¿Y qué hicieron los padres? “No opusieron ninguna resistencia... dice el citado d’Orbigny. Por todas partes obedecieron sin murmurar.”

Destruida en gran parte esta obra de la Religión, tan bien llevada á cabo por la Compañía de Jesus, de la que el mismo Abate Gioberti, su moderno calumniador, ha hecho una cumplida apología, diciendo: “Entre las varias órdenes de misioneros, ninguna más liberal, más sábia, más dulce, más industriosa, más eficaz que la de los Jesuitas; y los discípulos de Ignacio en el Paraguay dieron al mundo el nunca visto espectáculo, de una multitud salvaje mudada como por encanto en sociedad de hombres civilizados, mediante una administracion paterna, pero minuciosa y fuerte, como aquella con la que Licurgo amenazaba á los duros é indóciles habitantes de la Laconia. Si en vez de haber sido interrumpida esta obra hubiese sido favorecida, extendida y aumentada la raza indígena de América, seria á esta hora tan ilustrada y crecida como la blanca; esa raza degradada de la que aun sobreviven pocas y miserables reliquias, con desesperacion de los filántropos y oprobio de los europeos.” [1] Destruída, repetimos, esta obra esencialmente civilizadora, lejos de satisfacer al Ministro irreligioso, lo precipitó más á llevar á efecto sus planes de hacer desaparecer la Orden de todo el mundo. El citado Norberto, su caballo de batalla, y de quien escribía el comisario general de los Capuchinos en Indias á Mr. Dumas, gobernador de Pondichery, “que era un hombre sin fé ni probidad, que á ninguno reconocía por superior; audaz, que carecía del espíritu de su vocacion y muy abonado para obrar del peor modo posible,” habia publicado en Italia otra obra, titulada “Memorias históricas relativas á los asuntos de los Je-

[1] Introducción del estudio de la filosofía, pág. 196 y 197.